

# Un poblado de la Edad del Bronce en la Ribera de Cabanes

FRANCISCO ESTEVE GALVEZ

La menor de las tres llanuras que bordean el litoral castellonense, la que se extiende entre Oropesa y Alcocebre queda limitada al O. por un relieve poco elevado, pero bien definido, de macizos y lomas, que, enlazando los montes de Irta con la sierra del Desierto de las Palmas, la separan de las anchas hoyadas del Bajo Maestrazgo. Hacia el centro de ese hemiciclo montañoso y dominando el llano, en su mayor amplitud, se levanta un cerro poblado de pinos, que las gentes del país llaman «Tossal Mortorum», o simplemente «El Mortorum».

La toponimia ha conservado, pues, con toda su pureza el nombre latino que debió recibir este lugar en los lejanos tiempos de la dominación romana; hecho extraordinario que no dejará de llamar la atención de quienes sientan algún interés por el estudio de nuestro pasado. Y su extraño significado todavía despierta mayor curiosidad: ¿Por qué causa se le llamó «el cerro de los muertos»? Esta pregunta debió hacerse, durante algunos años, don Joaquín Peris, gran conocedor de la comarca, donde realizó pacientes investigaciones arqueológicas y recogió noticias de hallazgos, que, gracias a él, no se malograron y al menos ha quedado algún recuerdo aprovechable para su estudio. Y como pasaba largas temporadas en su finca de «la Cenieta», entonces la heredad más popular de ese trozo del llano, que los de Cabanes llaman «la Ribera», nada tiene de extraño que uno de los primeros lugares explorados por él fuese «El Mortorum».

En 1912 recorrió, detenidamente, la cima del monte, sorprendiéndole ver hacia el S., donde las laderas son rocosas y algo escarpadas, un enorme montón de piedras, y aflorando entre ellas escasos tiestos de toscos vasos hechos a mano. Tales indicios le llevaron a suponer que allí habría algún antiguo sepulcro, que aquel montículo protegería a modo de túmulo, y desde entonces tuvo el firme propósito de excavarlo. Pero antes quiso cerciorarse de su posible interés, oyendo el parecer de aquellas personas que, por su preparación científica o por su cargo, pudieran estar capacitadas para orientarle.

Comunicó su descubrimiento al Dr. D. Pascual Meneu, Catedrático de la Universidad de Salamanca, quien había realizado excavaciones en los alrededores de Bechí, y en el monte Solaig halló un montículo semejante. Meneu publicó, como resultado de su viaje a la Ribera, un breve artículo sobre los abandonados castillos y lugares de Albalat y Miravet<sup>1</sup>, sin atreverse a opinar lo que pudo ser «El Mortorum», porque en el supuesto túmulo del Solaig no halló la esperada sepultura, tratándose, al parecer, de una torre o bastión avanzado de las defensas del poblado<sup>2</sup>.

En los primeros días del mes de enero de 1914, invitados por don Joaquín Peris, estuvieron en la Cenieta don Francisco García Collado y don Luis del Arco Muñoz, Catedrático del Instituto de Castellón, y como es natural les mostró cuanto creyó digno de verse en aquellos alrededores. Dada la condición de sus huéspedes, no podía faltar

<sup>1</sup> P. MENEU, *Miravet y Albalat*, en "Revista de Castellón", año III, núm. 50. Castellón, 31 de marzo de 1914, págs. 3-4.

<sup>2</sup> P. MENEU, *Yacimientos arqueológicos en Bechí. Els Castellets*, en "Arte y Letras", año I, núm. 2. Castellón, 15 de abril de 1911, págs. 4-5.

la visita al «túmulo», y luego los comentarios, a propósito de su posible significado y trascendencia. He aquí cómo resume sus impresiones uno de los excursionistas, en un artículo publicado meses más tarde en la «Revista de Castellón»:

«¿Qué papel ha jugado en la Historia el cerro de los muertos? Esta pregunta nos hacíamos los señores del Arco, Peris y yo, sentados alrededor de bien surtida mesa, el día de nuestra última visita a "la Cenieta". El señor del Arco fue quien, mostrando las galas de su erudicción y dando pruebas de su reconocida competencia en asuntos históricos, llevó la voz cantante en esta disertación de sobremesa.

Si la crítica moderna se ha pronunciado contra el supuesto de que el monumento que a los Escipiones se levanta en Tarragona, sea el sepulcro de dichos caudillos romanos; si tampoco es favorable al de que su tumba se halla en la llamada "Cueva de los Escipiones", entre las provincias de Murcia y Almería; si damos crédito a la versión de que Publio y Ecneo perdieron la vida en los campos de Cabanes, ¿sería muy aventurado suponer que tan infausto acontecimiento para Roma pudo ocurrir en el "cerro Mortorum"?

Precisamente su situación entre "Tarraco" y "Saguntum" parece confirmar las noticias de los antiguos; y el nombre del cerro, conservado hasta la actualidad, revela que los romanos debieron sufrir allí un gran descalabro, cuando lo señalaron con el fatídico apelativo "de los muertos". La gran cantidad de piedras sueltas, puestas en la cúspide a manera de "túmulo", señala, según costumbre antigua, el lugar de una gran batalla. ¿Fue esta aquella en que perdieron la vida los dos hermanos Escipiones?»

«Así discurría don Luis del Arco, y sus razonamientos son dignos de tenerse en cuenta. Por otra parte, en la falda del cerro aún se ve la boca de la mina de hierro explotada por los cartagineses; y ¿no es fácil suponer que, conociendo los romanos este filón de riqueza que sus enemigos poseían, pretendieran apoderarse de él, al paso que sus dueños lo defendieran con tesón?»<sup>3</sup>.

#### LA EXCAVACION DE DON JOAQUIN PERIS

Se comprende la impresión profunda que estas palabras debieron causar en los oyentes, ya que muy poco le faltó a don Luis del Arco para afirmar que en «El Mortorum» debía buscarse la tumba de los Escipiones.

El verano siguiente, don Joaquín hizo las gestiones oportunas con el dueño del monte, encargó a su masovero Rufino que buscara por aquellos contornos algunos jornaleros de confianza, y una calurosa mañana de los primeros días del mes de julio, casi temblando de emoción, empezó a excavar la supuesta tumba escipiónica.

Desgraciadamente no realizó este trabajo con el rigor científico que el caso requería; no se levantó plano y alzado del montículo, señalando la posición de los objetos que se iban encontrando; tampoco sabemos si hubo allí alguna ordenación estratigráfica; ni siquiera se reunieron por separado los tiestos de los distintos vasos que aparecían aplastados, lo que hubiera permitido rehacerlos... Sólo sabemos de aquella excavación, lo que cuenta su propio autor en un artículo que publicó bastante tiempo después, dando cuenta de su búsqueda de restos antiguos en la Ribera de Cabanes<sup>4</sup>. Dolido por abusos de confianza, Peris guardó siempre muy justificada reserva sobre los lugares que iba explorando, y por eso no se cita allí «El Mortorum», que es precisamente donde se hallaba el «túmulo» de que habla al final en los siguientes términos:

«El túmulo tiene forma de cono, de veinte metros de diámetro por siete de alto, hecho junto a un desmonte de tres metros de altura, teniendo en el interior, y lindando con el

<sup>3</sup> F. GARCIA COLLADO, *La "Cenieta" y sus alrededores*, en "Revista de Castellón", año III, núm. 53. Castellón, 15 de mayo de 1914, págs. 13-15. El artículo reflejaría exactamente la hipótesis de D. Luis del Arco, que era director de la Revista y debió revisarlo antes de publicarse.

<sup>4</sup> J. PERIS FUENTES, *Escarceos arqueológicos. Castellón y sus cercanías*, en "Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura", t. III. 1922, págs. 218-223. (Debe rectificarse el nombre del autor, que no fue Peris Fuentes como aparece en el Boletín, sino Peris Boix.)

centro de la base del cono, una oquedad o habitación, sin más entrada que un orificio circular de 18 cm. de diámetro, en la parte superior, que en línea vertical iba a la superficie, donde lo cerraba una losa delgada. Descoronamos el cono y, cuando ya habíamos quitado dos metros y medio de altura, encontramos el orificio circular que antes hemos mencionado; metimos un palo de dos metros, con el cual y el brazo no llegamos al fin, entonces paramos el trabajo por la cúspide y principiámos por la base, pero al llegar a los dos metros, nos sorprendió ver bajo de una piedra una urna cineraria aplastada; a partir de este momento seguimos encontrando urnas en gran cantidad, pero todas aplastadas y casi molidas por el gran peso que tenían encima, llegando a la oquedad, la cual estaba llena de ceniza y pedazos de huesos chamuscados, cuya habitación supuse sería lo que hoy llamamos una fosa común; encontrando en ella, siempre junto a urnas cinerarias, una llena de trigo carbonizado, un palillo de forma cuadrada, otro que parece un anzuelo, un objeto que parece la base de una cacerola y una alabarda, todo de bronce.»

En su casa de Burriana guardaba don Joaquín Peris estos hallazgos, que pude ver y estudiar durante el verano de 1924. Su detenido examen y lo que dijo el propio excavador, respondiendo a mis preguntas, obligan a rectificar su parecer de que los vasos de «El Mortorum» fueran urnas cinerarias, pues no contenían huesos calcinados, y sólo alguna vez tierra negruzca; los había de todos los tamaños y distintas formas, siguiendo los caracteres que suele ofrecer la cerámica de los poblados de la Edad del Bronce. Lo que se compagina también con la presencia de una tinaja llena de cereal carbonizado.

#### ¿COMO ESTABA «EL MORTORUM» EN 1923?

Por entonces ya conocía yo «El Mortorum». En febrero de 1923 hice una excursión por la Ribera de Cabanes, estuve en la Torre de la Sal y llegué hasta el sonado «túmulo», a pesar de mis pocos años y escasa experiencia, la impresión que me produjo fue bastante deplorable. De la cámara interior, o «fosa común», que tenía sumo interés en conocerla, no quedaba rastro alguno, pues los excavadores abrieron todo el montículo de S. a N., arrojando la tierra y piedras que extraían por la vertiente meridional, viéndose todavía en la enorme escombrera muchos tiestos de vasos, a veces de buen tamaño, decorados con cordones postizos lisos o repujados. También recogí un pequeño punzón de bronce y una concha perforada para usarla como adorno.

La amplia zanja partía en dos el montículo, quedando ya muy poco por el Norte, y un buen trozo hacia el Sur. Grande fue mi sorpresa al ver aflorar en el corte de este lado, o sea a la izquierda, tres paredes y posibles restos de otra (fig. 1, lám. II, 1) que, habiéndole pasado inadvertidas, fueron seccionadas por el excavador, mostrando bien su estructura: hechas a dos caras con piedras de tamaño medio, sentadas en seco. Estaban tan destrozadas que era inútil intentar seguir su primitivo trazado, pero aún así ponían en duda que aquello fuera realmente un «túmulo», pudiendo más bien referirse a una construcción un tanto complicada, como torreón, baluarte o cualquier obra defensiva, que guardaría relación con algún poblado, cuyos restos debían buscarse por la vertiente de Levante, que, dada su orientación y la topografía del lugar, es la que tiene mejores condiciones para que allí se asentaran las viviendas.

#### EL POBLADO <sup>5</sup>

En efecto, «El Mortorum» queda cortado en lo alto, al S., por el largo escarpe de un estrato calizo; la vertiente N. es de subida áspera, con peñascos casi inaccesibles; al N. la estrecha cima se deprime en foso irregular, que se aprovechó como defensa del su-

<sup>5</sup> Posición del poblado del Mortorum: 40° 08' 20" N. - 3° 47' 40" E. d. M., según el mapa topográfico de España del Instituto Geográfico y Catastral. Escala 1 : 50.000. Hoja núm. 616. Villafamés, 1.ª edición. Madrid, 1942.

puesto «túmulo». Sólo por el E. el acceso resulta fácil y hay algún espacio despejado. Como era de esperar allí aparecieron los vestigios del poblado. Apenas indicios, muy perdidos entre las rocas, que aflora siempre al desnudo, sin hallazgo alguno que valga la pena mencionar, pero en su límite oriental aún quedan alineadas bastantes piedras, restos de la muralla que cerraba, por esa parte más vulnerable, el recinto fortificado. Ya fuera de muros encontré un martillo o percutor, sacado de la porción media de un hacha maciza, de sección oval, labrada en duro esquisto de color gris. Mezquinos despojos que venían a confirmar mi supuesto de que aquel enorme montón de piedras, que don Joaquín Peris y don Luis del Arco llamaban «túmulo», eran las ruinas de un baluarte, especie de castillo o acrópolis que defendía por el NO. el acceso al poblado y serviría como último refugio en los momentos de peligro.

### EL MATERIAL ARQUEOLOGICO

**Piedra.** — Durante la excavación no se recogieron utensilios de piedra, aunque es de suponer que no faltarían y debieron pasar inadvertidos a los obreros. Sólo contamos con la maltratada hacha de esquisto, sin filo, machacado, pues sirvió como martillo o percutor.

**Objetos de adorno.** — Único también es la pequeña concha de «conus», con el ápice desgastado y perforada a lo largo, para usarla como cuenta de collar.

**Metal.** — Dos punzones de sección cuadrada, con ambos extremos apuntados, y tamaño desigual; otro semejante, algo mayor, doblado en forma de anzuelo; una buena hoja de alabarda, con nervio central aplanado, base de inserción poco desarrollada, con dos taladros para los clavos y la punta ligeramente oblicua; y un cuenco incompleto, poco profundo, de paredes delgadísimas, como sacado de una lámina, a presión y torneado, lo que le aparta técnicamente de los restantes objetos, y haría suponer una intrusión posterior, pero es seguro que apareció junto a la alabarda y en condiciones que hacen indiscutible su remota antigüedad.

**Cerámica.** — El más lamentable descuido que cometieron los excavadores de «El Mortorum» fue no ir recogiendo, por separado, los tiestos de los distintos vasos, que aparecían reunidos en poco espacio y fácilmente se hubieran podido recomponer. Es más, en su inmensa mayoría, se despreciaron, apartándose tan sólo algunas muestras de lo más fino y llamativo: bastantes trozos de vasos pequeños por alcanzar casi íntegro su perfil, globular o carenado; y en menos cantidad de las vasijas mayores por sus curiosos adornos en relieve. De tales muestras sólo queda un tiesto, y hoy apenas podemos conocer esa cerámica por los fragmentos recogidos superficialmente en la escombrera que dejaron los excavadores fuera de lo que suponían «túmulo», en las reiteradas visitas que hice a «El Mortorum», allá por los años 1923 y 1926.

Hay en ese lote un par de fragmentos de sendos vasos de tamaño medio, especie de cuencos profundos, con la superficie lisa, sólo alterada en uno de ellos por corta línea de pequeños pezones apuntados, puestos como adorno, junto al borde directamente encima del asa, que es aplanada, en cinta, y de poca luz, más bien para cuerda que para asirla con la mano; en el otro se acusa mejor el borde ligeramente estrangulado, cual perol o cacharro de cocina, pues el barro ennegrecido es más tosco y la superficie no se espatuló. sustituyendo aquí al asa un tetón redondo, estirado y torcido. Lleva huellas dactilares en la orilla.

Entre los vasos grandes hubo uno de muy cuidada ejecución, paredes relativamente delgadas con la superficie alisada y perfil desconocido, con probable arista a la que se enlaza ancha y robusta asa, bien modelada, de sección oval aplastada.

Pero en su inmensa mayoría fueron grandes orzas o tinajas, ovoides o ventradas,

con ancha boca replegada, decoradas por cordones en relieve que les sirvieron de refuerzo. Son de poco resalte: simples verdugones cuando son lisos, pero lo corriente es que están cortados por impresiones digitales o dentellados a golpes de espátula o cuchillo. Se distribuyen en sentido horizontal, cerca del borde, enlazando las asas, o arrancan de ellas colgantes, en zigzag, formando a veces ondulaciones paralelas.

**El «trigo».** — Una de las vasijas de «El Mortorum» estaba llena de «trigo» carbonizado. Aunque D. Joaquín Peris la asociaba a lo que él suponía «urnas cinerarias», todo induce a creer que fue orza o tinaja destinada a guardar el grano. Los pocos tiestos que se recogieron, y pudo ver en 1924, pertenecían, en efecto, a un vaso panzudo, con el borde replegado, de gruesas paredes, adornadas por cordones con impresiones digitales.

Fue este hallazgo el primer testimonio conocido de cultivo de cereales en el Bronce valenciano, pero cuando se descubrió tales despojos, apenas llamaban la atención y pasó inadvertido. Luego, el trigo carbonizado ha vuelto a encontrarse aquí mismo, en la provincia de Castellón: en la «Ereta del Castellar»<sup>6</sup>, cerca de Villafranca, y en el «Castell d'Almançor», junto al Mijares, término de Almazora.

El cereal de «El Mortorum» no se ha perdido definitivamente, pues de la corta muestra que guardaba don Joaquín Peris, me cedió amablemente un par de granos, que todavía conservo y permitirán su estudio paleobotánico. Mientras no se haga, es prematuro establecer su posible variedad, y aún si se trata de trigo o cebada.

### CONCLUSIONES

Nos hallamos, pues, en presencia de un inventario bien conocido que, por de pronto, sitúa «El Mortorum» en un momento avanzado de la Edad del Bronce, pero demasiado corto y desigual para que podamos darle una fecha concreta. La cerámica se reduce a fragmentos sueltos con posibles perfiles y una decoración en relieve de larga tradición, si bien en este caso muestra caracteres muy típicos del Bronce valenciano. Lo mismo ocurre con los punzones, que dan como nota tardía su forma prismático-cuadrangular. Las conchas de «conus», ya se usan aquí como cuentas de collar, desde los comienzos del Neolítico, pero es al entrar de lleno en la Edad del Bronce cuando se hacen más frecuentes, ahora siempre rotas por el ápice y perforadas en sentido longitudinal. Respecto al vaso de metal es pieza incompleta y rara, que técnicamente se aparta de lo demás, sin que sea fácil, por ahora, asignarle alguna fecha y posibles paralelos en esta costa oriental de la Península. Sólo la alabarda constituye un elemento bien definido y característico de una época: muy corriente, como ya se sabe, en el grado de El Argar, y fechada, desde hace tiempo, por el hallazgo de una de estas armas en la Sexta sepultura en fosa de la necrópolis real de Micenas, hacia el 1450 antes de J. C. Lo que parece concordar con los resultados obtenidos mediante los modernos procedimientos analíticos. Así, las muestras del poblado de Terlinques (Villena), probablemente argárico, pero sin posibilidad de situarlo en una fase determinada, sometidas al análisis C-14, han dado  $1850 \pm 150$  a. C. Dos análisis, en distintas muestras del Cabezo Redondo (Villena), dieron, respectivamente,  $1600 \pm 55$  a. C. y  $1350 \pm 50$  a. C.<sup>7</sup> Las del «Pic dels Corbs» (Sagunto), poblado del Bronce valenciano,  $1581 \pm 100$  a. C.<sup>8</sup>, y las del «Torrelló d'Onda»,  $1350 \pm 90$  y  $1315 \pm 90$  a. C.<sup>9</sup>

<sup>6</sup> J. ARNAL, H. PRADES y D. FLETCHER, *La Ereta del Castellar (Villafranca del Cid, Castellón)*, en Serie de Trabajos Varios del S. I. P., núm. 35. Valencia, 1968.

<sup>7</sup> M. TARRADELL, *Dos nuevas fechas de C-14 para Villena y Mallorca*, en Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 10. Valencia, 1970, págs. 19-26.

<sup>8</sup> M. VEGAS Riset, *Saguntinos, treinta y cinco siglos os contemplan desde "El Pico de los Cuervos"*, en ARSE, "Boletín del Centro Arqueológico Saguntino", año VIII, núm. 7. Sagunto, diciembre 1964, págs. 10-11.

<sup>9</sup> F. GUSI JENER, *Excavación del recinto fortificado del Torrelló, de Onda (Castellón)*, en "Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense", I, págs. 19-62. Castellón, 1974.

Pero a este respecto hemos de hacer dos observaciones: «El Mortorum» es un típico yacimiento del Bronce valenciano no argárico, y la alabarda tuvo su proceso evolutivo, desde las hermosas láminas de sílex, finamente talladas del O. y S. de la Península (Portugal, Extremadura, Andalucía), hasta llegar a las excelentes hojas de metal con fuerte nervadura y ancha base, agujereada para tres o más clavos, que le aseguraban al mango. De este tipo; frecuente en el SE. de España, sólo recordamos en nuestro País la que halló el P. Fergús, en Orihuela<sup>10</sup>; la de Callosa de Segura<sup>11</sup>, y otra todavía inédita, de la Plana de Castellón. La de «El Mortorum», con nervio poco resaltado y base recogida, representa una forma menos desarrollada y coincide con los bronce de la Atalayuela<sup>12</sup>, donde aparecen asociadas la alabarda y el puñal; éste de hoja lisa y aquélla alterada por ancha nervadura, ambos con sólo dos taladros para los clavos. De ahí, que a veces resulte difícil saber cuál fue la posición del mango, que es lo que define y separa estas armas. De las dos alabardas que se han señalado en la Atalayuela, una, en efecto, responde a esa forma intermedia. En la de «El Mortorum», bastante parecida, salimos de dudas, gracias a su punta asimétrica, pues ya, desde sus lejanos prototipos en piedra, hubo tendencia a enmangar las alabardas, poniendo la hoja ligeramente oblicua, lo que les daba mayor eficacia. Como esta arma tan curiosa, especie de puñal enmangado al estilo de las hachas, alcanzó amplia difusión por Europa, llegando hasta el S. de Alemania; nada tiene de extraño que la aceptase el Bronce valenciano, más aún estando tan cerca del círculo cultural argárico, en el que suele buscarse su origen. Por rara casualidad, todavía no se ha encontrado en Cataluña, y la de «El Mortorum» constituye su hallazgo extremo hacia el NE. de la Península.

Respecto al poblado y aquella extraña construcción de que habla don Joaquín Peris, dado el atraso en que permanece nuestra investigación arqueológica, sería prematuro lanzar alguna hipótesis; y de intentar buscarle aquí posibles paralelos, precisaría moverse por lugares inéditos o poco conocidos, que todavía están sin excavar. Aún así, con tan pobres elementos, creo haber hallado una posible explicación de lo que aquello fue, y cómo incide «El Mortorum» en uno de los más discutidos problemas de la Prehistoria peninsular. Cuestiones que alargarían en exceso esta nota, que no tiene más propósito que dar noticia escueta de lo que en su día pude averiguar de ese misterioso «sepulcro de Cabanes», que alguna vez aparece como una sombra difusa en nuestra literatura arqueológica, sin que se conozca, ni siquiera, su exacto emplazamiento. Con esta información espero que llegue a ocupar el lugar que merece y pueda aprovecharse en ulteriores estudios sobre la Edad del Bronce en nuestro País.

<sup>10</sup> J. FERGUS, *L'Edat prehistòrica en Oriola (necrópolis de "San Antón") en Col·lecció de treballs de P. J. Fergús sobre Prehistoria valenciana*, en "Institut d'Estudis Valencians". SIP. Serie de treballs solts, núm. 5. Valencia, 1937, págs. 13-45. La alabarda entre los bronce de la figura 9.

<sup>11</sup> J. COLOMINAS ROCA, *La necrópolis de "Las Laderas del Castillo" (Callosa de Segura, provincia d'Alacant)*, en "Anuari del Institut d'Estudis Catalans, vol. VIII. 1927-31. Barcelona, 1936, págs. 33-39. La alabarda en la figura 66.

<sup>12</sup> J. ALCACER GRAU, *Dos estaciones argáricas de la región levantina. II "La Atalayuela" (Losa del Obispo)*, en "Archivo de Prehistoria Levantina", vol. II. 1945. Valencia, 1946, págs. 159-163. La alabarda en la figura 9.

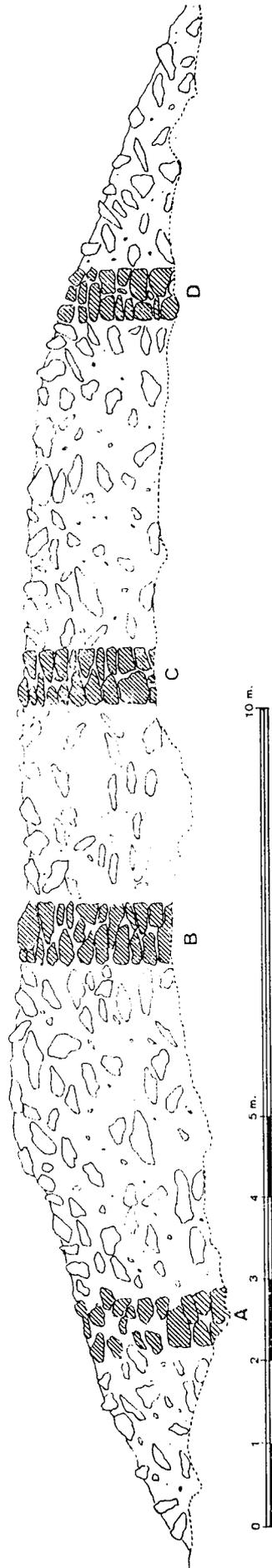
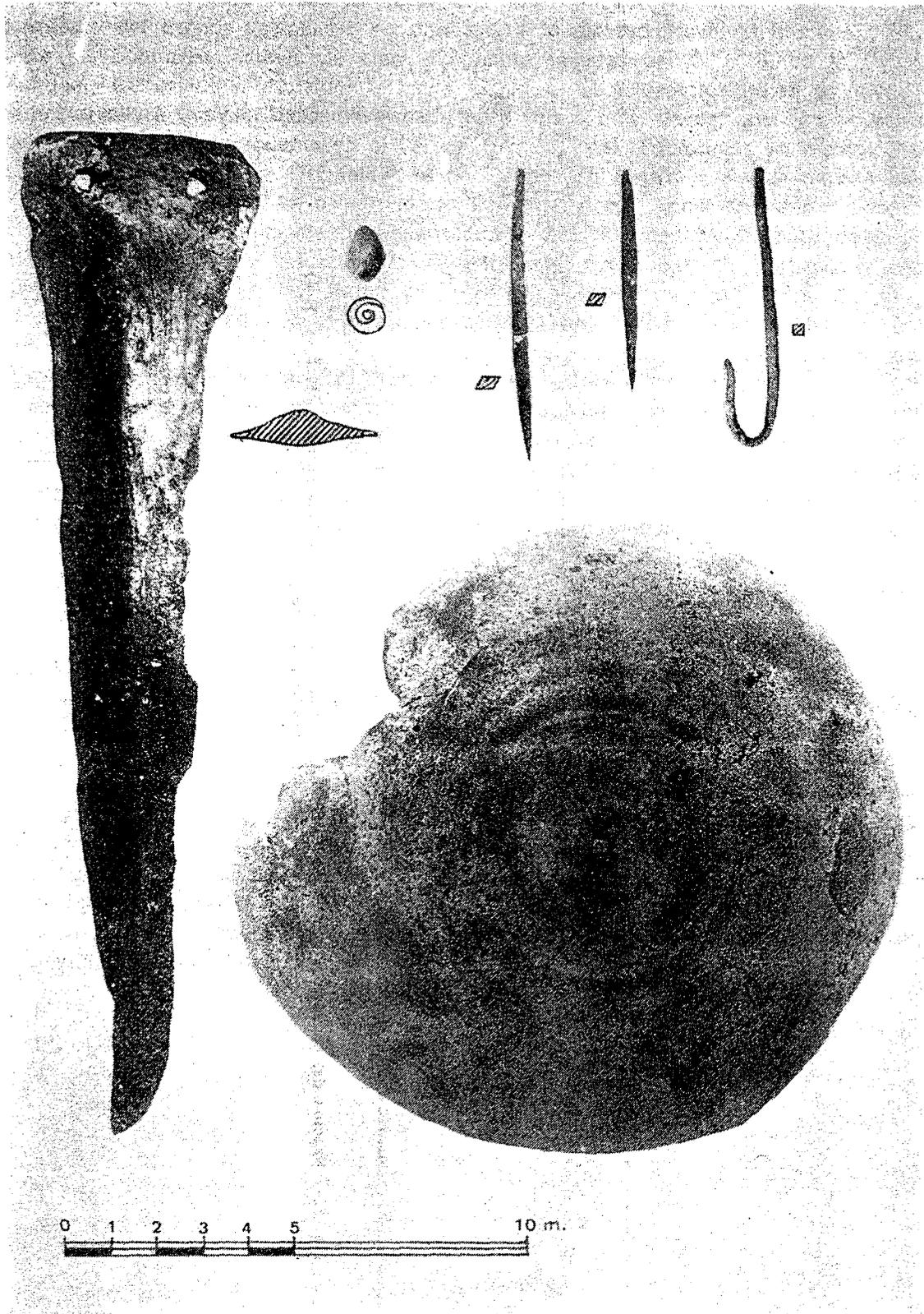
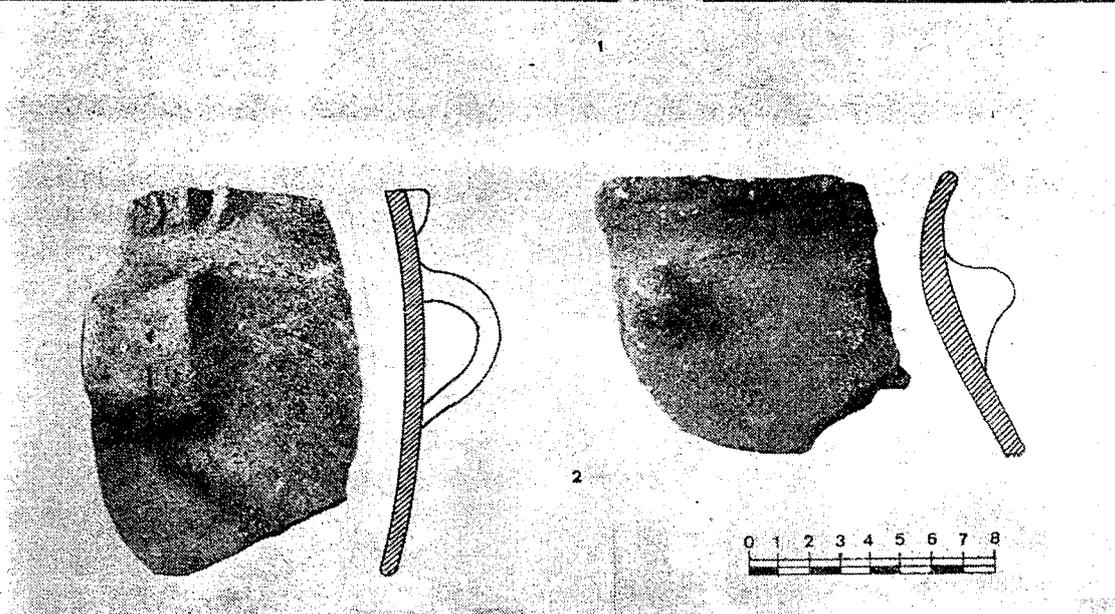


Fig. 1. — Sección del supuesto «túmulo» de El Mortorum (Cabanes), mostrando las paredes (A, B, C y D) destruidas durante la excavación de 1914.

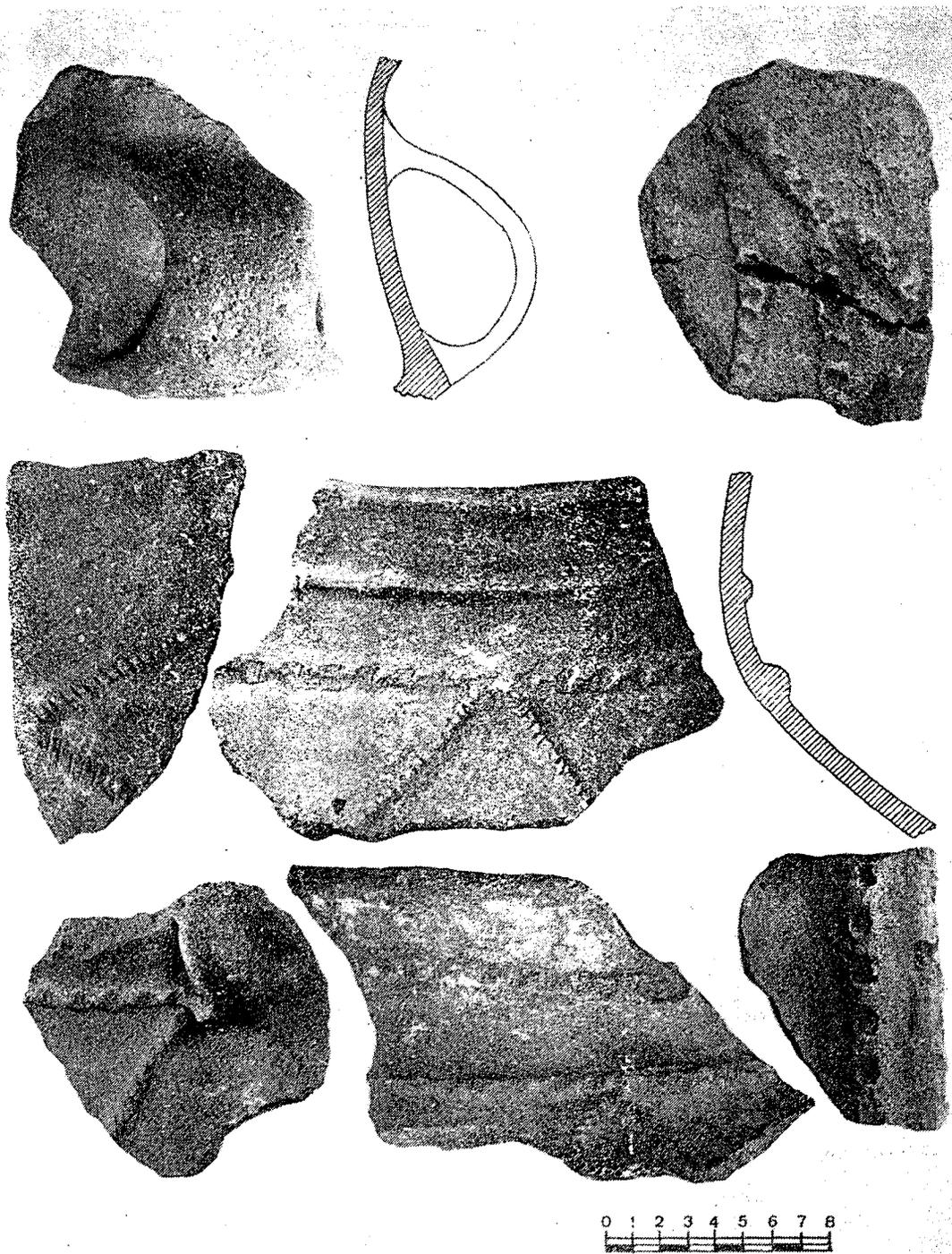


Objetos de bronce y concha perforada para usarla como cuenta de collar



1. — Vista parcial del «tumulo», mostrando seccionada la pared B tal como se hallaba en 1934.

2. — Fragmentos de cerámica lisa de El Mortorum.



Cerámica decorada con relieves de El Mortorum (Cabanes)